

A mediados del siglo XIX

Apócrifa historia de un dentista francés

Dr. José Sanfilippo B.

La Odontología mexicana como tal tiene su origen durante el siglo XIX, en el que dentistas procedentes principalmente, de Estados Unidos, Alemania, Francia, Austria e Italia introducen al país los avances que esta profesión desarrollaba durante esos años.

Hacia mediados de ese siglo, Estados Unidos inició un período de negociaciones con el gobierno mexicano para conseguir la apertura de una vía de comunicación interoceánica a través del Istmo de Tehuantepec, ruta que sería cubierta por la Compañía Luisiana de Tehuantepec, establecida en Nueva Orleans.²

El tratado de Mac Lane-Ocampo concedió finalmente el derecho de tránsito a personas y mercancías por el Istmo, incluyendo tropas norteamericanas.² Inmediatamente llegaron trabajadores de todo tipo a la zona, con el fin de construir una ruta "turística" agradable y, por supuesto, hacerse ricos. Así se trazó la ruta de lo que años más tarde sería la línea del ferrocarril transísmico de Minatitlán a Salina Cruz.

La ruta que estableció la Compañía Luisiana para el traslado de pasajeros, la cubría un barco de vapor que iba de Nueva Orleans a Coatzacoalcos, atravesando el Golfo de México de norte a sur. La entrada se hacía por la desembocadura hasta llegar a Minatitlán, en donde hacía una escala para que los pasajeros descansaran; de ahí continuaba el buque por todo el río Coatzacoalcos hasta Xuchil, una población que está ubicada en la confluencia con el río

Jaltepec. Una línea de carruajes transportaba a los pasajeros a través de la sierra para conducirlos a Tehuantepec y de ahí a La Ventosa, donde se embarcaban nuevamente para San Francisco.³

En el Nueva Orleans de 1859, pululaban gentes de todas las razas, credos y nacionalidades —la mayoría desempleados—, en busca de oportunidades para realizar negocios fantásticos. En mayo de ese año zarpó uno de los primeros barcos que realizaría el viaje por el Istmo de Tehuantepec.

En él se embarcaron varios franceses, algunos de los cuales sólo iban en plan de aventura o a la caza de grandes fortunas. Uno de estos viajeros era un capellán de la legión francesa llamado Charles Brasseur, quien ya había estado en México en otras ocasiones y que escribió un entretenido libro llamado "Viaje por el Istmo de Tehuantepec", en el que narra los pormenores de su incursión por estas tierras tropicales.

Otro personaje que tripulaba ese mismo barco era Carlos Leiter un joven francés de origen vienés, de unos 18 o 20 años, que quería probar fortuna en tierras mexicanas. En Francia, había sido ayudante de un prestigiado dentista con el que aprendió todos los secretos del arte dental.

Posteriormente quiso ejercer por su cuenta, pero la reglamentación francesa no se lo permitió. Poco tiempo después se le presentó la oportunidad de emigrar hacia el Nuevo Continente. Con el dinero que traía compró en Nueva Orleans todo tipo de aparatos dentales, el instru-

mental más novedoso y los medicamentos más avanzados.

Después, se embarcó rumbo al Istmo de Tehuantepec, con la idea de que, según la propaganda que había leído en los diarios de esa ciudad americana, era un paraíso donde el dinero abundaba, esperando que alguien lo recogiera.

Tras un penoso recorrido, Leiter llegó a Tehuantepec cargado de los baúles con los materiales dentales que había comprado en Estados Unidos. En este lugar decidió dirigirse a la ciudad de Oaxaca, a la que llegó después de cruzar difícilmente por la sierra a lomo de caballo.

Ya en Oaxaca, se instaló en una pequeña posada que no le representaba un gran desembolso y durante varios días meditó sobre cómo debería practicar el oficio que tan bien había aprendido en su país: el Arte Dental.

En esta época, la dentistería, llamada así por ser aún una labor artesanal se practicaba de varias formas. La primera y la más efectiva era recorrer las poblaciones montando tinglados en las plazas públicas, para anunciar a gritos sus actividades con el fin de que la gente que allí acudía utilizara sus servicios. El inconveniente de esta forma de trabajar era que, aun siendo muy lucrativa, nunca le daría respetabilidad a quien la practicara.

Otro sistema de trabajo muy común fue el instalar un pequeño establecimiento o gabinete dental equipado con sillones ideados especialmente para dentistas, consolas para guardar el instrumental adecuado y los incipientes tornos den-

tales que pronto fueron evolucionando.

Una forma de atender a los pacientes que no estaba reñida con la anterior, era la de visitarlos en sus propias casas, para lo cual era indispensable llevar un maletín que contenía todo el equipo necesario, así como los medicamentos y el instrumental bellamente adornado con incrustaciones de concha nácar, maderas y piedras semipreciosas, pero que distaban mucho de tener una buena asepsia.

Por supuesto, no puede dejar de mencionarse el barbero-flebotomiano, el cual, después de dos siglos de intensa actividad estaba ya en vías de extinción.

Entre los nuevos materiales se encontraban los yesos para tomar impresiones, el caucho para hacer placas a la medida de cada paciente, el oro laminado para obturar las cavidades de las piezas dentarias, y la utilización del metal real o pasta de plata conocido actualmente como amalgama de plata. Todos estos avances en los materiales empleados para la rehabilitación bucal, se acompañaron con el invento más grande de la Odontología del siglo XIX: los dientes transparentes minerales incorruptibles, que venían a terminar con el gran mercado negro de dientes humanos. Con estos dientes se pudieron hacer placas tan elegantes y finas como las suajadas en oro.

A pesar de los avances que se lograron, en el área de la exodoncia las cosas continuaban igual, el instrumento más utilizado desde el siglo XVIII, era la famosísima llave, que tan siniestras narraciones inspira.

Para el tratamiento de la caries, afección que ha asolado a la humanidad desde tiempos inmemoriales, se empleaban algunos tipos de sustancias como el bromuro de potasium reducido a polvo que se introducía por medio de una bolita de algodón a la cavidad cariosa y presionada por otra torunda embebida en tintura de benjui concentrado.⁴ Con estos medicamentos lo que se lograba era cauterizar la pulpa dentaria, eliminando así toda sensibilidad y permitiendo la obturación del diente o muela tratado. El inconveniente de este tratamiento radicaba en que la pulpa no era removida del conducto radicular y al poco tiempo esto se manifestaba en forma de absceso crónico o de quiste periapical.

Otro tratamiento también muy recomendado para las odontalgias era el que se basaba en el uso de hidrato de cloral, mismo que se introducía en la cavidad cariosa por medio de una to-

runda de algodón y se esperaba a que se disolviera completamente la sustancia. La receta termina diciendo "el dolor más virulento cesa después de algunos minutos".⁵ Este tratamiento se utilizó hasta la década de los cincuenta del presente siglo.

Pero volvamos con nuestro amigo francés. Para desarrollar sus actividades, Leiter optó por instalar un consultorio dental, como diríamos en la actualidad, en la capital del estado de Oaxaca, que hasta antes de 1872 se llamara Antequera. Por sus depuradas técnicas y la cordialidad con la que trataba a sus pacientes, pronto se hizo de una clientela distinguida y seleccionada de entre las mejores familias de la comunidad.

Cuando los franceses tomaron la ciudad en febrero de 1864, les causó una gran sorpresa encontrarse con un compatriota radicado en esas regiones y practicando un oficio tan poco común en esa zona.

Posteriormente, con el primer regimiento que salió para la Ciudad de México Leiter fue enviado junto con su valioso equipo dental.

Al llegar a la capital del país se presentó ante Maximiliano de Habsburgo, quien le dio una autorización para que pudiera ejercer en la ciudad. Después de trabajar 16 años, el Consejo Superior de Salubridad le pidió que presentara su documentación para acreditar sus estudios en el arte dental. Instaló un hermoso gabinete dental en la calle de Puente del Espíritu Santo No. 9 (hoy cuarta calle de Isabel la Católica) frente a la Droguería Universal.

La primera innovación que Leiter hace en la práctica de la profesión dental mexicana es la de introducir el sistema de consultas pagadas, justificando el tiempo que pierde un dentista al revisar y escuchar a un paciente, la cuota era de dos pesos por consulta. Los precios para otros trabajos eran los siguientes:

Curaciones de dientes o muelas doloridos	1-2 pesos
Limpiadura de dientes o muelas	5-25 pesos
Curaciones	convencional
Orificaciones	5-12 pesos
Extracciones con gas (protóxido de azoe)	convencional
Extracciones sin anestesia	1 peso

Como servicio social atendía a los indigentes de una a dos de la tarde sin cobrarles ni la consulta ni las extracciones.

El Cosejo, que entre otras muchas funciones se encargaba de vigilar el ejercicio de los profesionistas relacionados con la salud como eran los médicos, cirujanos, farmacéuticos, parteras, dentistas y flebotomianos, se estableció en México desde 1841. Los reconocimientos para flebotomianos desaparecieron oficialmente a partir de 1866, año en que se presenta el último examen para ejercer ese ejercicio.⁷

Los requisitos que este Consejo solicitaba al candidato a examinarse eran:

- una solicitud de examen dirigida al presidente del Consejo.
- tres cartas de testigos que certificaran que el solicitante era persona decente y de una moralidad intachable
- certificado de un dentista prestigiado que atestiguara que el solicitante había aprendido el arte bajo su tutela
- el pago de cien pesos

Leiter presentó su examen en la Escuela de Medicina el 18 de febrero de 1881 ante tres sinodales (Francisco Ortega, Rafael Lucio y Porfirio Parra), quienes lo aprueban por unanimidad.⁸

Este mismo año publica un folleto de 32 páginas titulado "Ligeras nociones prácticas sobre los dientes", que en realidad es una propaganda dirigida a los padres de familia.⁹

Dos años después decide regresar a Austria, donde establece su "Atelier" moderno y publica nuevamente su obra en alemán, firmándola como Carl Leiter, dentista mexicano.¹⁰

Así pasó el resto de su vida, recordando sus incursiones por el Istmo de Tehuantepec, su estancia en la Antequera y su vida placentera en la capital de la República Mexicana ■

Referencias

- Brasseur, Charles. *Viaje por el Istmo de Tehuantepec*. Fondo de Cultura Económica. (Lecturas Mexicanas No. 18), México, 1984, p. 11.
- Ibid*, p. 14.
- Ibid*, p. 27
- La Escuela de Medicina*, Vol. 3, Núm. 16, Feb. 15, 1882, p. 244.
- Ibid*, No. 15 Mar. 15, 1882, p. 268.
- Fastlicht, Samuel "La Odontología en México en los siglos XVIII y XIX", *Estomatología*, Vol. 6 Núm. 1-2, Dic. 1968, p. 70
- Libro de actas de exámenes de dentistas y flebotomianos del Consejo Superior de Salubridad, México, 1841. f.
- Fastlicht, Samuel. *Op. cit.*